indios, los mensajeros de la ilustracion, los héroes verdaderos de la civilizacion latino-americana. Hay que honrarlos y venerarlos; ellos forman el primer grupo de nuestros hombres grandes de América. Ellos aprendian en primer lugar la lengua que era *una teología que de todo punto ignoró San Agustin* como decia con gracia el P. Juan de Tecto, y ya con el vehículo poderoso del *verbo* que tanto habian utilizado los conquistadores, se iniciaban en la vida de los indios y completaban la obra de la conquista, pero sin sangre, sin fiereza, sin crímenes.

Probablemente el Señor de Ameca, fué traido á ese lugar por el P. Martin de Valencia, aunque la relacion del P. Mendieta no lo dice y solo menciona las apariciones de san Francisco y san Antonio en la gruta que hoy está convertida en santuario. Tambien es probable que los frailes domínicos que fundaron un convento en aquel pueblo, hayan sido los únicos que colocaron allí la imágen. Pero lo que se desprende del



texto de nuestro sincero historiador, es: que no se acudió al recurso de forjar una aparicion, porque Mendieta lo hubiera mencionado expresamente, y no lo hace, sino que se limita á decir apropósito de unas reliquias del virtuoso fraile que los indios de Ameca guardaban con veneracion, y que les recogió el P. Fr. Juan Paez, primer prior del convento de domínicos de allí, pocos años despues del fallecimiento de aquel, que las guardó *adornando para ello la cueva del cerro.*

"*Puso*, añade, *en un lado de ella un altar donde se dijese misa, y á otro lado, una gran caja tumbada que se cierra y sirve de sepulcro de un Cristo de bulto devotísimo, que yace en ella tendido, y á los piés del Cristo se guardan en una cajuela con una redecilla de hierro la túnica y cilicio* (del P. Valencia) *de suerte que se pueden ver y no sacar afuera.*"

Por esto se vé, que á pocos años de muerto el gran misionero franciscano, ya el *Señor era venerado en la cueva.* No es posi-

ble asignar una fecha precisa á su aparicion en aquel lugar y por eso, es preciso limitarse á presentar probabilidades que tal vez se relacionen con la leyenda popular.

Lo cierto es: que desde aquel tiempo se mezclaba en el respeto con que los fieles concurrian al santuario del Sacro-monte, la veneracion al Cristo del Sepulcro, y la tierna memoria del que habia evangelizado en aquella comarca.

El P. Mendieta sigue diciendo:

"Aunque la cueva tiene sus puertas y buena llave con que se cierra, hay de contínuo indios por guardas en otra covezuela cerca de ella.

"Estos tañen á sus horas una campana que tienen en lo alto del cerro, cuando abajo tañen en el monasterio. Todos los viérnes sube un sacerdote á celebrar en la ermita en memoria de la pasion del Señor, venerada por el santo Fr. Martin, en aquel devoto lugar con sus oraciones y lágrimas y



ásperas penitencias. Es muy frecuente el concurso de los indios en todo tiempo, especial en aquel dia, y no menos de los comarcanos españoles y pasajeros, porque es camino real y muy cursado de los que van de la ciudad de México á la de los Angeles y de la de los Angeles á México. Cuando se muestran las reliquias, es con mucha solemnidad. Sube el vicario con la compañía que se ofrece, tocan la campana y júntase gente; encienden algunos cirios, ademas de una lámpara de plata que cuelga de la peña en medio de la ermita, aunque de dia hay harta luz del cielo que entra por la puerta, y van cantando los cantores en canto de órgano algun motete lamentable de tiempo de pasion. Llega el vicario vestido con sobrepelliz y estola, abre la caja y hecha oracion ante el sepulcro del Señor, inciensa al Cristo y despues á las reliquias, y muéstralas á los circunstantes. Hace esto con tanta devocion, que juntamente con la oportunidad del lugar y la aspereza de aquellos vestidos, y la

memoria del santo y de la penitencia que allí hizo, ablanda los duros corazones; de suerte que apenas entra hombre en aquella cueva, que no salga compungido y lleno de lágrimas." *

Despues de ese tiempo, el arte de la Arquitectura embelleció la hermosa gruta natural que un capricho de la convulsion dejó como la cresta de un oleaje de piedra en la cumbre del cerro. La vieja ermita del buen

* El P. Motolinia es el primero que habla aunque con su estilo rudo y sóbrio, del retiro del P. Valencia al Sacro-monte. El P. Mendieta ha copiado algunas de sus palabras. (*Historia de los Indios de Nueva-España*. Trat. III, cap. II.—*Coleccion de Documentos para la Historia de México publicada por Joaquin García Icazbalceta*.—México, 1858, tomo 1º, pág. 158.

Tambien se hace igual mencion del P. Valencia y del santuario del Sacro-monte, en la *Relacion breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al P. Fr. Alonso Ponce en las provincias de la Nueva-España, siendo comisario general de aquellas partes, etc.—Escrita por dos religiosos sus compañeros*. Publicada en Madrid, 1872, tomo LVII. *Coleccion de Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo II.

Dávila Padilla.—*Historia de la fundacion y Discurso de la provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores, etc.* —Madrid, 1596, lib. 2, cap. 65.

Torquemada.—*Monarquía Indiana*, edicion de 1723, tom. III; lib. XX, cap. XVII.



fraile se convirtió en un templo cuya belleza original es indisputable. En la roca misma se ensanchó el santuario, se nivelaron sus paredes laterales, se colocó el altar en medio de las dos puertas de la gruta, cerrándola así como con una pared medianera, pero decorándola con gusto, púsose la urna de cristal dentro de la cual se contiene el sepulcro del Cristo de modo que se trasparente la luz de la otra puerta y de que pueda ser venerada tambien por ese lado; se cubrió la parte principal de la ermita con una hermosa cúpula sexagonal, y se entapizó el suelo con madera del bosque. Levantáronse algunos edificios que sirven de sacristía y habitacion para los eclesiásticos y guardas de la ermita y todo este conjunto de construcciones de carácter antiguo y especial, corona completamente el Sacro-monte.

Pero han trascurrido los años, han pasado los siglos, la imaginacion piadosa de los habitantes de aquella comarca ha creado nuevas leyendas, tradiciones mas recientes;

los milagros del *Señor* han formado como una nueva capa en los recuerdos populares, las bellezas de la féria y los cuidados del comercio, las irrupciones de la revolucion y las inquietudes de la política, han venido á turbar el dulce silencio, á cuyo amparo vivía la santa memoria del apostólico y humanitario Martin de Valencia, y hoy..... nadie lo recuerda allí, si no es mi erudito colega el cura, en cuyo espíritu se conservan puros todos los recuerdos de los primeros tiempos cristianos de la Nueva-España.

A veces, suelen pasar por allí, hombres como yo, que profesan el culto de las buenas cosas de México, y al contemplar aquel monumento que trae á la memoria el drama de la conquista y el cataclismo en que se hundió un vasto imperio, y los dias en que la fé cristiana, animando á aquellos espíritus singulares de los españoles del siglo XVI, hizo revivir el entusiasmo de los discípulos de Jesus, no pueden menos que inclinarse y



meditar en las grandes empresas humanas y en los prodigios de la fé!

La imágen del grande y anciano jefe de los apóstoles franciscanos, evocada por la fantasía, se levanta allí, en aquel cerro como en un pedestal augusto, pasea su mirada dulce é inteligente en torno suyo para admirar la sorprendente y maravillosa perspectiva que fué el encanto de sus horas de contemplacion; al Norte y al Oriente las magestuosas montañas del Ixtacihuatl y del Popocatepetl coronadas de nieves eternas y cubiertas con las vestiduras de una vegetacion que desafía á los siglos; al Sur, una oleada de colinas y de cordilleras, de las que se alza una especie de vapor vago y amarillento; arriba el silencio solemne de la Naturaleza, y el cielo azul y diáfano de México como un pabellon infinito, y abajo, junto á él, los cedros del Líbano, aquellos cedros magníficos, frescos, rumorosos, á cuya sombra se sentaba á escuchar el canto de las aves y á solazar su corazon, satisfe-

cho, aunque fatigado, de sus nobles trabajos sobre la tierra!

Tras de la devocion y los recuerdos piadosos vino el interés comercial y estableció la féria. Yo no lo censuro; al contrario, lo alabo. Los pueblos necesitan un motivo para reunirse, para celebrar transacciones, para cultivar relaciones sociales, para hacer progresar su industria; un mercado, en fin, donde cambiar sus productos agrícolas ó manufactureros. La devocion era un buen motivo, y ésta y el comercio se auxiliaban recíprocamente con ventaja de los pueblos. ¿Qué importa que el sacerdote saque de ello su pequeño provecho? Es muy justo, y es preciso dejárselo porque él tambien contribuye al movimiento. Desde la antigüedad mas remota, el templo y el pontífice han hecho levantar junto al altar del Númen, la tienda del mercader y han reunido debajo de ella á los pueblos congregados por la piedad. La Grecia del archipiélago, la Grecia del Asia y la Grecia Itálica, se reunian en Delfos



para oir el oráculo y para dar nuevos brios á su vida comercial y culta. Nunca se vió la Siria mas floreciente que cuando el templo de Biblos se cargaba con las ofrendas de las flotas fenicias, con los tapices de Persia ó con el oro de Ofir.

La humilde ermita de Ameca no es un templo de Biblos, ni de Delfos, pero vé á sus puertas arrodillados á los mercaderes y devotos de Puebla, de México, de Querétaro, de Guanajuato, de Toluca, de Veracruz y del Sur.

Poco ántes del miércoles de ceniza comienzan á entrar por las callecitas de la modesta poblacion los carros cargados de mercancías del centro, las mulas del Sur de Puebla, de Guerrero y de Morelos, y los indígenas del valle de Toluca y de las cercanías del valle de México para concurrir á la féria. Esta comienza el miércoles susodicho. Entonces se hace la gran procesion que sube por la rampa empinada que conduce del pueblo al santuario. El cura con sus vicarios

y acólitos, con su cruz alta y ciriales, va á traer á la iglesia parroquial al SEÑOR DEL SACRO-MONTE, que no debe volver á su gruta sino el viérnes santo. La procesion suele descender del cerro ya entrada la noche, y entonces se encienden los cirios, y aquella muchedumbre, como una serpiente luminosa, baja en zig-zag, presentando un aspecto de los mas pintorescos.

El Señor baja cargado en los hombros de los devotos, acompañado por los sacerdotes que entonan los himnos de la Iglesia y envuelto en una nube que forman en derredor suyo los mas exquisitos perfumes del Sur, que es la Arabia de México, para ese producto.

Y comienza la fiesta: el templo se enciende dia y noche, suena el órgano en los maitines y las misas, se adornan los altares con las primeras flores de la primavera, y con los ramos frescos de la montaña, y la muchedumbre piadosa murmura sus oraciones ó entona sus cánticos á todas horas.



Entretanto, en la plaza se levantan las tiendas y puestos de los comerciantes, de los jugadores, de los fondistas y neveros, de los vendedores de reliquias y de flores, y la algazara y el bullicio de la fiesta no tienen tregua ni medida. La gente se engalana, reza, compra, vende, juega, se divierte y recibe entre aquella barahunda un rayo mas de progreso cada año; la industria y la agricultura ganan con ello y los pueblos mantienen así sus relaciones de familia, quebrantados á veces por la revolucion.

Si dejando ese ruido que dura siempre hasta el primer viérnes de cuaresma y aún mas allá, algun curioso se propusiese visitar el SACRO-MONTE, observaria con extrañeza que la bella vegetacion que lo reviste tiene un doble carácter. El cerro en su parte oriental está cubierto de soberbios cedros del Líbano, y en su parte occidental de encinas magestuosas, sin que se dé el caso de que se mezclen. ¿Por qué este fenómeno? Se cree generalmente que los aires de la



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

cordillera en que se alzan el Popocatepetl y el Ixtacihuatl favorecen el desarrollo de los cedros que pertenecen á una zona vegetal mas fria, y que los tibios vientos del Sur preparan por esa parte y por el occidente, la tierra para hacer más fácil la conservacion de la encina.

Sea de ello lo que fuere, la vegetacion es biforme y toda bellísima y admirable.

Apesar de la altura y del temperamento á veces rigoroso de Ameca, especialmente en la estacion invernal, en las casas se cultivan hermosísimas flores, como en México, y las últimas ondulaciones de la cordillera de los volcanes que vienen á perderse, á orillas de la poblacion, se esmaltan en la primavera y en el estío, con todos los encantos de una flora rica y salvaje. Hay entonces como una coquetería en la orla de la magestuosa y sombría vestidura con que se adornan ese rey y esa reina de los Andes Mexicanos.

Ameca puede estar orgullosa con su bello



monte sagrado, con sus recuerdos antiguos y venerables, así como con haber abrigado en sus humildes y viejas casas, la cuna de esa mujer célebre y singular á quien la admiracion llamó la *décima Musa*, y á quien el mundo conoce con el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz.